

# VOLTAIRE

---

Cartas  
filosóficas

En este libro de 1734, también conocido como *Cartas inglesas*, Voltaire defiende firmemente la tolerancia con el argumento de que —además de favorecer la economía y la convivencia— es imprescindible para que haya cultura y libertad. Es la primera obra en la que expresa su pensamiento acerca de temas sociales y políticos (que retomará en escritos posteriores como el *Diccionario filosófico* o *Cándido*), inspirado en buena parte por el régimen inglés de la época, a tal punto de sostener la “superioridad intelectual” de Gran Bretaña sobre Francia.

Este libro causó un escándalo público: las *Cartas* fueron quemadas y el autor debió refugiarse en el castillo de su amante para no ir a la cárcel.

## Primera carta Sobre los cuáqueros<sup>[1]</sup>

He creído que la doctrina y la historia de un pueblo tan extraordinario merecerían la curiosidad de un hombre razonable. Para instruirme, he ido a encontrar a uno de los más célebres cuáqueros de Inglaterra, quien, después de haber estado treinta años en el comercio, había sabido poner límites a su fortuna y a sus deseos, y se había retirado a un lugar en el campo cerca de Londres. Fui a buscarle a su retiro; era una casa pequeña, pero bien construida, llena de limpieza sin ornamento. El cuáquero era un viejo vigoroso que nunca había estado enfermo, porque jamás había conocido las pasiones ni la intemperancia: nunca en mi vida he visto un aire más noble ni más atractivo que el suyo. Estaba vestido, como todos los de su religión, de un traje sin pliegues a los lados y sin botones sobre los bolsillos ni en las mangas, y llevaba un gran sombrero de alas abatidas, como nuestros eclesiásticos; me recibió con el sombrero en la cabeza, y avanzó hacia mí sin la menor inclinación de su cuerpo; pero había más cortesía en el aire abierto y humano de su rostro que la que hay en el uso de echar una pierna tras la otra y llevar en la mano lo que está hecho para cubrir la cabeza. «Amigo, me dijo, veo que eres un extranjero; si puede serte de alguna utilidad no tienes más que hablar. — Señor, le dije, inclinando el cuerpo y deslizado un pie hacia él, según nuestra costumbre, me honro en suponer que mi justa curiosidad no os desagradará, y que querréis hacerme el honor de instruirme en vuestra religión.

—Las gentes de tu país, me respondió, hacen demasiados cumplidos y reverencias; pero no he visto todavía ninguno que tenga la misma curiosidad que tú. Entra, y cenemos juntos primero». Hice todavía algunos malos cumplidos, porque no se deshace uno de sus costumbres de repente; y, tras una comida sana y frugal, que comenzó y acabó con una oración a Dios, me puse a interrogar a mi hombre. Comencé por la pregunta que los buenos católicos han hecho más de una vez a los hugonotes: «Mi querido señor, le dije, ¿está usted bautizado? —No, me respondió el cuáquero, y mis cofrades tampoco lo están. —¿Cómo, pardiez, proseguí yo, no sois acaso cristiano? —Hijo mío, repuso con tono dulce, no jures; somos cristianos e intentamos ser buenos cristianos, pero no creemos que el cristianismo consista en echar agua fría sobre la cabeza con un poco de sal. —¡Eh, voto a bríos!, proseguí yo, molesto por esta impiedad, ¿habéis pues olvidado que Jesucristo fue bautizado por Juan? —Amigo, nada de juramentos, insisto, dijo el bondadoso cuáquero. Cristo recibió el bautizo de Juan, pero Él no bautizó nunca a nadie; nosotros no somos los discípulos de Juan, sino de Cristo. —¡Ay!, dije, ¡qué pronto os quemarían en un país con Inquisición, pobre hombre!... ¡Ah, por el amor de Dios, ojalá pueda yo bautizaros y haceros cristianos! —Si sólo eso fuera preciso para condescender a tu debilidad, lo haríamos gustosos, repuso gravemente; nosotros no condenamos a nadie por utilizar la ceremonia del bautismo, pero creemos que los que profesan una religión plenamente santa y espiritual deben abstenerse, en tanto puedan, de las ceremonias judaicas. —¡Esa sí que es buena!, grité. ¡Ceremonias judaicas! —Sí, hijo mío, continuó él, y tan judaicas que bastantes judíos todavía hoy usan a veces el bautismo de Juan. Consulta la Antigüedad; te enseñará que Juan no hizo más que renovar esta práctica, que era usual desde mucho antes entre los hebreos, como la peregrinación a la Meca lo era entre los ismaelitas. Jesús quiso recibir el bautismo de Juan, lo mismo que se había sometido

do a la circuncisión; pero, tanto la circuncisión como el lavamiento con agua debían ser ambos abolidos por el Bautismo de Cristo, ese Bautismo espiritual, esa ablución del alma que salva a los hombres. También el precursor Juan decía: *Yo os bautizo en verdad con agua, pero otro vendrá después de mí, de quien no soy digno de llevar las sandalias; ése os bautizará con el fuego y el Espíritu Santo*<sup>[2]</sup>. También él gran apóstol de los gentiles, Pablo, escribe a los Corintios: *Cristo no me ha enviado para bautizar sino para predicar el Evangelio*<sup>[3]</sup>, también ese mismo Pablo no bautizó nunca con agua más que a dos personas, y aún fue a regañadientes; circuncidó a su discípulo Timoteo; los otros apóstoles circuncidaban a todos los que querían. ¿Estás circuncidado?, añadió. Le respondí que no tenía ese gusto. «Pues bien, amigo, dijo, tú eres cristiano sin estar circuncidado y yo, sin estar bautizado».

Así es como mi santo hombre abusaba bastante especiosamente de tres o cuatro pasajes de las Sagradas Escrituras que parecían favorecer a su secta; pero olvidaba con la mejor buena fe un centenar de pasajes que la aplastaban. Me guardé muy mucho de contestarle; no hay nada que ganar con un entusiasta<sup>[4]</sup>: no hay que empeñarse en decirle a un hombre los defectos de su amante; ni a un querellante la debilidad de su causa ni razones a un iluminado; así que pasé a otras preguntas. «Respecto a la comunión, ¿qué usos tenéis? —No tenemos ningún uso, dijo. — ¡Qué! ¿No tenéis comunión? —No, salvo la de los corazones». Entonces me citó de nuevo las Escrituras. Me echó un sermón muy bonito contra la comunión, y me habló en un tono inspirado para probarme que todos los sacramentos eran todos de invención humana, y que la palabra sacramento no se encuentra ni una sola vez en el Evangelio. «Perdona, dijo, por mi ignorancia, no te he dado ni la centésima parte de las pruebas de mi religión; pero puedes encontrarlas en la exposición de nuestra fe por Robert Bar-

clay: es uno de los mejores libros que jamás hayan salido de mano de los hombres. Nuestros amigos concuerdan en que es muy peligroso, lo que prueba cuan razonable es». Le prometí leer ese libro y mi cuáquero me creyó ya convertido.

A continuación me explicó en pocas palabras algunas singularidades que exponen esta secta al desprecio de los otros. «Confiesa —dijo— que has tenido dificultad en no reírte cuando he respondido a todas tus cortesías con el sombrero en la cabeza y tuteándote; sin embargo, me pareces demasiado instruido para ignorar que en el tiempo de Cristo ninguna nación caía en el ridículo de substituir el singular por el plural. Decían a César Augusto: *te amo, te ruego, te agradezco*; ni siquiera soportaba que se le llamase Señor, *Dominus*. Sólo mucho después de él los hombres comenzaron a hacerse llamar vos en lugar de tú, como si fuesen dobles, y a usurpar los títulos impertinentes de Grandeza, de Eminencia, de Santidad, que unos gusanos dan a otros gusanos, asegurándoles que son, con un profundo respeto y una falsedad infame, sus muy humildes y obedientes servidores. Para salvaguardarnos de ese indigno comercio de mentiras y de halagos, tuteamos igualmente a los reyes y a los zapateros, no saludamos a nadie y no tenemos por los hombres más que caridad y respeto sólo por las leyes».

«Llevamos también un traje un poco diferente al de los otros hombres, a fin de que sea para nosotros una advertencia continua de que no debemos parecer a ellos. Los otros llevan las marcas de sus dignidades, y nosotros, las de la humildad cristiana; huimos las reuniones de placer, los espectáculos, el juego; pues seríamos muy de compadecer si llenásemos con esas bagatelas los corazones que Dios debe habitar; nunca hacemos juramentos, ni siquiera ante la justicia; pensamos que el nombre del Altísimo no debe prostituirse en las disputas miserables de los hombres. Cuando es preciso que comparezcamos ante los magistra-

dos para los asuntos de los otros (pues nosotros nunca tenemos procesos), afirmamos la verdad con un *sí* o un *no*, y los jueces nos creen simplemente bajo palabra, mientras que tantos cristianos perjuran sobre el Evangelio. Nunca vamos a la guerra; no es que temamos a la muerte, por el contrario, bendecimos el momento que nos une al Ser de los seres; pero resulta que no somos ni lobos, ni tigres, ni dogos, sino hombres, sino cristianos. Nuestro Señor, que nos ha ordenado amar a nuestros enemigos y sufrir sin protestar, no quiere sin duda que crucemos el mar para ir a degollar a nuestros hermanos, porque asesinos vestidos de rojo, con un gorro de dos pies de alto, enrolan a los ciudadanos haciendo ruido con dos palitos sobre una piel de asno bien tensa; y cuando, tras batallas ganadas todo Londres brilla con iluminaciones, el cielo está inflamado de cohetes, el aire resuena con el ruido de las acciones de gracias, de las campanas, de los órganos, de los cañones, gemimos en silencio por estos crímenes que causan la alegría pública»<sup>[5]</sup>.

## Segunda carta Sobre los cuáqueros

Tal fue más o menos la conversación que tuve con este hombre singular; pero tuve ocasión de sorprenderme mucho más cuando, el domingo siguiente, me llevó a la iglesia de los cuáqueros. Tiene varias capillas en Londres; aquélla a la que yo iba estaba cerca de ese famoso pilar llamado el *Monumento*<sup>[6]</sup>. Estaban ya reunidos cuando entré con mi guía. Había alrededor de cuatrocientos hombres en la iglesia, y trescientas mujeres: las mujeres se ocultaban el rostro con su abanico; los hombres estaban cubiertos con sus anchos sombreros; todos estaban sentados, todos en un profundo silencio. Pasé entre ellos sin que ni uno levantase los ojos hacia mí. Este silencio duró un cuarto de hora. Al fin, uno de ellos se levantó, se quitó su sombrero, y, después de ciertas muecas y ciertos suspiros, profirió, mitad con la boca y mitad con la nariz, un galimatías que él creía sacado del Evangelio, en el que ni él ni nadie entendía nada. Cuando ese contorsionista<sup>[7]</sup> hubo acabado su precioso monólogo, y la asamblea se hubo separado completamente edificada y completamente estúpida, pregunté a mi hombre por qué los más sabios de entre ellos soportan semejantes tonterías. «Estamos obligados a tolerarlas, me dijo, porque no podemos saber si un hombre que se levanta para hablar estará inspirado por el espíritu o por la locura; en la duda, lo escuchamos todo pacientemente, permitimos hablar incluso a las mujeres. A veces dos o tres de nuestras devotas se encuentran inspiradas a la vez, y entonces se arma un buen

jaleo en la casa del Señor. —¿Entonces no tenéis sacerdotes?, le dije. —No, amigo mío, me dijo el cuáquero, y nos encontramos muy bien así. No quiera Dios que nos atrevamos a ordenar a alguien recibir al Espíritu Santo el domingo, con exclusión de los restantes fieles. Gracias al Cielo, somos los únicos en la tierra que no tenemos sacerdotes. ¿Quisieras quitarnos una distinción tan feliz? ¿Por qué entregaríamos nuestro hijo a nodrizas mercenarias, cuando tenemos leche que darle? Esas mercenarias dominarían pronto en casa y oprimirían a la madre y al hijo. Dios ha dicho: *Habéis recibido gratis, dad gratis*<sup>[8]</sup>. ¿Vamos después de esta frase a mercadear con el Evangelio, a vender al Espíritu Santo, y hacer de una asamblea de cristianos una tienda de mercaderes? Nosotros no damos dinero a hombres vestidos de negro por asistir a nuestros pobres, enterrar a nuestros muertos, predicar a los fieles; esos santos empleos nos son demasiado queridos para descargarlos sobre otros.

—Pero, ¿cómo podéis discernir, insistí, si es el Espíritu de Dios el que os anima en vuestros discursos? — Cualquiera, dijo él, que niegue a Dios para que lo ilumine, y que anuncie las verdades evangélicas que sienta, ése puede estar seguro de que Dios le inspira». Entonces me abrumó con citas de la Escritura que demostraban, según él, que no hay cristianismo sin una revelación inmediata, y añadió estas palabras notables: «Cuando haces mover uno de tus miembros, ¿acaso es tu propia fuerza la que lo mueve? No, sin duda, pues ese miembro tiene frecuentemente movimientos involuntarios. Es, pues, quien ha creado tu cuerpo el que mueve ese cuerpo de tierra. Y las ideas que recibe tu alma, ¿eres tú quien las forma? Aún menos, pues vienen pese a ti. Es pues el Creador de tu alma quien te da tus ideas; pero, como ha dejado a tu corazón libertad, da a tu espíritu las ideas que tu corazón merece; vives en Dios, actúas, piensas en Dios; no tienes, pues, más que abrir los ojos a esa luz que ilumina a todos los hombres; entonces verás la verdad, y la harás ver<sup>[9]</sup>. —¡Eh, aquí tenemos al pa-

dre Malebranche puro y nudo!, grité yo. —Conozco a tu Malebranche, dijo él; era un poco cuáquero, pero no lo bastante». Estas son las cosas más importantes que he aprendido en lo tocante a la doctrina de los cuáqueros. En la próxima carta tendréis su historia, que encontraréis aún más singular que su doctrina.

## Tercera carta

### Sobre los cuáqueros

Ya habéis visto que los cuáqueros fechan a partir de Jesucristo, que fue, según ellos, el primer cuáquero. La religión, dicen, se corrompió casi inmediatamente después de su muerte y permaneció en esa corrupción alrededor de mil seiscientos años; pero había siempre algunos cuáqueros ocultos en el mundo, que se cuidaban de conservar el fuego sagrado apagado en todos los demás sitios, hasta que al fin esta luz se extendió en Inglaterra en el año 1642.

En el tiempo en que tres o cuatro sectas desgarraban Gran Bretaña con guerras civiles emprendidas en nombre de Dios, un tal Georges Fox<sup>[10]</sup>, del condado de Leicester, hijo de un obrero de la seda, se dedicó a predicar como un verdadero apóstol, según él mismo pretendía, es decir, sin saber leer ni escribir; era un joven de veinticinco años, costumbres irreprochables, y santamente loco. Estaba vestido de cuero de los pies a la cabeza; iba de pueblo en pueblo, gritando contra la guerra y contra los clérigos. Si no hubiese predicado más que contra las gentes de guerra, no hubiera habido nada que temer; pero atacaba a las gentes de la Iglesia: pronto fue encarcelado. Se le llevó a Derby ante el juez de paz. Fox se presentó ante el juez con su gorro de cuero en la cabeza. Un sargento le dio un gran cachete, diciéndole: «Bribón, ¿acaso no sabes que hay que comparecer ante el Señor Juez con la cabeza descubierta?». Fox puso la otra mejilla y rogó al sargento que quisiera darle otro cachete por amor de Dios. El juez de Derby quiso hacerle

prestar juramento antes de interrogarle. «Sabe, amigo mío, le dije al Juez, que nunca tomo el nombre de Dios en vano». El juez, viendo que este hombre le tuteaba, le envió al manicomio de Derby para que fuese azotado. Georges Fox fue, alabando a Dios, al hospital de los locos, donde no dejaron de ejecutar rigurosamente la sentencia del juez. Los que le infligieron la penitencia del látigo quedaron muy sorprendidos cuando les rogó que le aplicasen todavía unos cuantos vergajazos más por el bien de su alma. Esos señores no se hicieron de rogar; Fox tuvo su doble dosis, por lo que les dio las gracias muy cordialmente. Se puso a predicarles; primero se rieron de él, luego le escucharon; y, como el entusiasmo es una enfermedad que se contagia, varios quedaron persuadidos, y los que le habían azotado se convirtieron en sus primeros discípulos.

Liberado de su prisión, corrió a los campos con una docena de prosélitos, predicando siempre contra los clérigos, y azotado de vez en cuando. Un día, estando en la picota, arengó a todo el mundo con tanta fuerza que convirtió a una cincuentena de auditores y puso a los demás tan a su favor que le sacaron tumultuosamente del agujero en que estaba; fueron a buscar al cura anglicano cuyo crédito había hecho condenar a Fox al suplicio, y le pusieron a su vez en la picota.

Se atrevió a convertir a unos cuantos soldados de Cromwell, que abandonaron el oficio de las armas y rehusaron prestar juramento. Cromwell no quería una secta en la que no luchaban, lo mismo que Sixto Quinto no auguraba nada bueno a una secta *dove non si chiavava*<sup>[11]</sup>. Se sirvió de su poder para perseguir a estos recién llegados, las prisiones se llenaban de ellos; pero las persecuciones no sirven casi nunca más que para hacer prosélitos: salían de las prisiones reafirmados en su creencia y seguidos de sus carceleros, a los que habían convertido. Pero he aquí lo que más contribuyó a extender la secta. Fox se creía inspirado. Creyó, en consecuencia, deber hablar de una manera diferente a la

de los otros hombres; se puso a temblar, a hacer contorsiones y muecas, a retener su aliento, a expulsarlo con violencia; la sacerdotisa de Delfos no lo habría hecho mejor. En poco tiempo adquirió un gran hábito de inspiración, y pronto ya no estuvo a su alcance el hablar de otra manera. Este fue el primer don que comunicó a sus discípulos. Éstos hicieron voluntariosamente todas las muecas de su maestro; temblaban con todas sus fuerzas en el momento de la inspiración. De ahí tomaron el nombre de cuáqueros (*quakers*) que significa *tembladores*<sup>[12]</sup>. La gente menuda se divertía imitándolos. Temblaban, hablaban con la nariz, tenían convulsiones y se creían poseídos por el Espíritu Santo. Les hacían falta algunos milagros y los hicieron.

El Patriarca Fox dijo públicamente a un juez de paz, en presencia de una gran asamblea: «Amigo, cuídate; pronto te castigará Dios por perseguir a los santos». Este juez era un borracho que bebía todos los días demasiada mala cerveza y aguardiente; murió de apoplejía dos días después, precisamente según venía de firmar una orden para enviar a unos cuantos cuáqueros a prisión. Esta muerte súbita no fue atribuida a la intemperancia del juez; todo el mundo la miró como un efecto de las predicciones del santo.

Esta muerte hizo más cuáqueros de lo que mil sermones y otras tantas convulsiones hubieran podido lograr. Cromwell, viendo que su número aumentaba todos los días, quiso atraerles a su partido: les hizo ofrecer dinero, pero fueron incorruptibles; y dijo un día que esta religión era la única contra la que no había podido prevalecer con guineas.

Fueron a veces perseguidos bajo Carlos II, no por su religión, sino por no querer pagar sus diezmos a los clérigos, por tutear a los magistrados, y por negarse a prestar los juramentos prescritos por la ley.

Finalmente Roberto Barclay, escocés, presentó al rey, en 1675, su *Apología de los Cuáqueros*, obra tan buena como podía serlo en su género. La Epístola Dedicatoria a Carlos II

contiene, no bajas adulaciones, sino verdades audaces y consejos justos.

«Has probado, le dice a Carlos al final de esta Epístola, la dulzura y la amargura, la prosperidad y las mayores desdichas; has sido expulsado del país en el que reinas; has sentido el peso de la opresión y debes saber cuán detestable es el opresor ante Dios y ante los hombres. Que si, tras tantas pruebas y bendiciones, tu corazón se endureciese y olvidase al Dios que se ha acordado de ti en tus desgracias, tu crimen sería mayor y tu condena más terrible. En lugar, pues, de escuchar a los aduladores de tu corte, escucha la voz de tu conciencia, que no te adulará jamás. Soy tu fiel amigo y súbdito Barclay»<sup>[13]</sup>.

Lo que es más asombroso es que esta carta, escrita a un rey por un particular oscuro, tuvo su efecto y la persecución cesó.

## Cuarta carta

### Sobre los cuáqueros

Más o menos por ese tiempo apareció el ilustre Guillermo Penn<sup>[14]</sup>, que estableció el poder de los cuáqueros en América, y que les hubiera hecho respetables en Europa, si los hombres pudiesen respetar la virtud bajo apariencias ridículas; era hijo único del caballero Penn, Vicealmirante de Inglaterra y favorito del duque de York, desde Jacobo II.

Guillermo Penn, a la edad de quince años, encontró un cuáquero en Oxford, donde hacía sus estudios; ese cuáquero le persuadió, y el joven, que era vivo, y de natural elocuente, y que tenía nobleza en su fisonomía y en sus maneras, ganó pronto a algunos de sus camaradas. Estableció sin ser notado una Sociedad de Jóvenes Cuáqueros, que se reunían en su casa; de tal suerte que se encontró siendo jefe de secta a la edad de dieciséis años.

De vuelta a casa de su padre el Vicealmirante al salir del Colegio, en lugar de postrarse de rodillas delante de él y de pedirle su bendición, según el uso de los ingleses, le abordó con el sombrero en la cabeza, y le dijo: «Amigo, me alegro mucho de verte bueno». El Vicealmirante creyó que su hijo se había vuelto loco; pronto se dio cuenta de que era cuáquero. Puso en práctica todos los medios que la prudencia humana puede emplear para decidirle a vivir como otro cualquiera; el joven sólo respondió a su padre exhortándole a que él también se hiciera cuáquero.

Finalmente el padre se avino a no pedirle otra cosa sino que fuese a ver al Rey y al Duque de York con el sombrero